

ñala en último lugar, para la eternidad, las obras de su actividad artística.

**4. Breve resumen de la vida espiritual.**—Si tuviéramos que resumir brevemente toda la doctrina de la vida espiritual, creeríamos poder hacerlo en dos palabras: humildad y oración.

La humildad hace al hombre apto para recibir la acción de Dios; la oración le eleva á Dios y hace que Dios descienda á él.

La humildad trabaja el terreno del corazón humano para hacerlo capaz de recibir la semilla de la gracia divina; la oración aporta la semilla, la hace germinar y madurar.

No es fácil decir qué es lo más importante, si la oración ó la humildad. Pero dos cosas son ciertas: la oración misma no es verdaderamente eficaz más que cuando prospera en el terreno de la humildad; pero para que la humildad prospere, hay que orar mucho y orar bien.

## CONFERENCIA XI

NECESIDAD DE DIRIGIR EL ESPÍRITU

ÚNICAMENTE Á DIOS

**1. Unidad de las vías de Dios, particularmente en asuntos morales.**—Cuanto más se ocupa uno en las cuestiones que dicen relación á la vida espiritual, y más estudia su importancia, mayor es la admiración por la homogeneidad del espíritu que domina este vasto dominio, y por la lógica inexorable con que va progresando gradualmente.

Los que censuran á la doctrina cristiana de la perfección que le falta homogeneidad y sencillez, <sup>(1)</sup> muestran que, en esta materia, jamás han llegado más allá de los primeros ensayos. Semejante juicio se parece mucho á un profano, que, después de lanzar una somera ojeada á un terreno de construcción, en el que distingue aquí y allá bases de pilares y lienzos de muros, exclama encogiéndose de hombros: «¿Y todo este caos ha de convertirse en una catedral?»

Si esperase á la terminación del edificio, ó si fuese capaz de estudiar el plano del mismo, no tardaría en ver cómo las diferentes partes, que con frecuencia distan mucho entre sí, están calculadas para que se adapten las unas á las otras del modo más exacto, y cuán armonioso y homogéneo es el conjunto que forman.

Sí, Dios es un grande y sabio arquitecto. Vésele en todas sus obras, ya pertenezcan al mundo visible, ya al espiritual. La nota característica de su actividad es siempre la sencillez en la diversidad y la homogeneidad en la plu-

(1) Vornemann, *Christliche Vollkommenheit nach katholischer und evangelischer Auffassung*, 15.

ralidad. Si, como ocurre á menudo, no podemos comprender esto, es porque nuestra inteligencia tiene todavía que hacer progresos desde el punto de vista de su desarrollo. Pero cuanto más progresamos en una ciencia,—en astronomía, en ciencias naturales, en investigaciones sobre la unidad de las fuerzas físicas,—con mayor claridad vemos la unidad de las leyes de la naturaleza y la sencillez del plan divino que sirve de base á todos los acontecimientos y á todos los fenómenos.

Esto es mucho más fácil de comprender en el terreno de la vida moral y de la vida espiritual. Fácil es darnos cuenta de ello, ahora que llegamos al término de las investigaciones que hemos hecho en una serie de volúmenes.

No es satisfacción pequeña la de ver, tras vastas y penosas discusiones, cómo todo se armoniza aquí, y cuán sencillo y armonioso es el edificio que constituye la vida dirigida según las exigencias de la razón y de la conciencia, á la vez que según las leyes de Dios.

Hemos visto que, en el dominio de la ética natural, hay una frase que lo resume todo: el hombre completo. También hemos visto que toda la doctrina de la vida sobrenatural se resumía en esta fórmula: unión de lo natural y lo sobrenatural. Ahora que hemos llegado al terreno de los esfuerzos intelectuales más elevados, responderemos igualmente con una frase muy corta á la cuestión de saber en qué consisten en definitiva la perfección y la santidad; pues bien, consisten en la sencillez, en la rectitud y en la verdad.

**2. Homogeneidad de la doctrina del Cristianismo relativamente á la misión del hombre.**—El que ha hecho ejercicios espirituales según el método de San Ignacio,—práctica que nunca recomendaremos cuanto se merece—sabe con qué lógica perspicacia se tratan en ellos las dos ideas, ó mejor, la única idea fundamental: el hombre no tiene más que un origen, un fin, un camino, una empresa, una felicidad: Dios. Todo cuanto es, todo cuanto

posee en materia de fuerza física é intelectual, todos los bienes de que puede usar y gozar, su vida, su suerte, sus riquezas, el mundo entero, en una palabra, todo lo que no es Dios, y aun el mal que Dios permite, no es más que un medio para lograr su único fin. Todo esto debe considerarlo y utilizarlo desde este punto de vista.

Sólo que no hay que creer que fuese San Ignacio el primero en difundir estas ideas en los espíritus.

Mucho antes que él, el manual bien conocido de Pedro Lombardo había dominado en las escuelas y en el modo de pensar de la cristiandad. Ahora bien, este manual comienza textualmente con la misma doctrina. Además, todos los escolásticos que escribieron después de aquel teólogo, empezaron su enseñanza con la misma idea, y todos los místicos que tomaron como base la escolástica, terminaron su doctrina con este principio: la paz completa fundada en Dios solo, es la única vía que conduce á la perfección. <sup>(1)</sup>

Y mucho antes que Pedro Lombardo, San Agustín, á quien él imitara, había comenzado su maravilloso libro las *Confesiones*, con estas palabras conocidas de todo el mundo: «Para Vos nos habéis hecho, ¡oh Dios mío!, y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en Vos».

Y mucho antes que San Agustín, la Sabiduría encarnada del Padre, de la cual este Santo y todos los Santos Doctores recibieron la suya, había reducido todas sus enseñanzas á ésta: «Una sola cosa es necesaria. <sup>(2)</sup> Yo soy el principio y el fin. <sup>(3)</sup> Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura». <sup>(4)</sup>

Y mucho antes que Dios hubiese hablado á su Hijo, «había hablado en multiplicadas ocasiones y de diferentes modos á nuestros padres por los profetas». <sup>(5)</sup> Ahora bien,

(1) Denifle, *Das geistliche Leben*, (3), 485 y sig.

(2) Luc., X, 42.

(3) Apoc., I, 8.

(4) Matth., VI, 33.

(5) Hebr., I, 1.

todos los discursos de éstos se encaminan igualmente á un mismo pensamiento: «Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre». <sup>(1)</sup> «¿Qué cosa puedo apetecer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de ti, Dios mío? Los que de ti se alejan perecerán; mas yo hallo mi bien en estar unido con Dios, en poner en el Señor Dios mi esperanza». <sup>(2)</sup>

He aquí el resumen de la verdadera vida cristiana. Á este pensamiento fundamental deben reducirse todas las prácticas interiores; él es el que las explica todas.

**3. Oposición formal entre la doctrina del Cristianismo y el espíritu mundano.**—De creer es que ahora se esclarezca este punto, y que muchos que antes no lo comprendían claramente, hallen excusable que la Sagrada Escritura introduzca una contradicción tan grande, y aun un abismo tan profundo, entre el espíritu de Dios y el del mundo.

En efecto, preciso es confesar que no es posible un acomodamiento, si, por una parte, se da una sociedad, cuya primera ley son las palabras del Salvador que acabamos de citar, y por otra, un mundo, cuyo modo de obrar pinta así uno de sus poetas:

«De la mañana á la noche, en días de fiesta y de trabajo, todos, patricios y plebeyos, se agitan en el foro, sin salir nunca de él. Todos se han entregado á una sola y misma ocupación: engañar con destreza, combatir con astucia, luchar con perfidia, fingir honradez, tenderse mutuamente lazos, y convertirse en enemigos los unos de los otros». <sup>(3)</sup>

Sin embargo, no es esto una razón para combatir en absoluto al mundo, por lo que tampoco lo condenamos. Pero esa falta de rectitud en su conducta hace imposible todo acomodo con él. ¿Quién querría negociar con uno que cambiase constantemente? Pues bien, el mundo es este maleón.

(1) Eccli., XII, 13.—(2) Psal. LXXII, 25 y sig.

(3) Lucilius, ap. Lactant., *Instit.*, 5, 9.

El cuidado de los negocios, la jactancia, el deseo de llegar á ser algo y de aparecer en luz favorable, el disimulo, la astucia, la destreza para lograr su propios fines, he aquí lo que constituye el punto de partida en la conducta del mundo. Y esto se continúa por medio de la doblez. Uno procede aquí de un modo, más allá de otro, según que espere honor ó éxito. Finalmente, la mentira calculada termina el todo, allí donde ya no vale la pena el disimulo. <sup>(1)</sup>

En efecto, desde el principio todo era falsedad y engaño, lo cual estaba inspirado por el orgullo y la ambición. El mal comienza con el orgullo, continúa con la mentira y acaba con la infidelidad.

Tal es la clave bien sencilla que permite comprender la manera de obrar del mundo. De aquí la manía por la política y la diplomacia, que hacen penosa á todo hombre recto la vida en su seno.

La supuesta formación según el mundo, no tiende en el fondo más que á ocultar lo interior por medio de artificios externos, á velar el sentido de las palabras, á hacer verdadero lo falso y falso lo verdadero.

Si aquí y allá encuentra uno todavía cristianos que creen que lo exterior debe ser espejo del corazón, y que, por lo mismo, conceden mayor importancia al contenido interior que al esplendor de las apariencias, no sabe cómo mofarse de ellos, y ve simplemente en esto otra prueba de que la religión, que hace á los hombres tan cándidos, tan torpes y tan estúpidos, no podría ya armonizarse con la instrucción de la época. <sup>(2)</sup>

Pues según estos principios se educa á la juventud, de conformidad con ellos se regulan las relaciones sociales, y,

(1) Tales descripciones se consideran hoy día como crueldad, como pesimismo, como obstáculo á la adaptación de la cultura del tiempo. Si alguien se refiere al lenguaje de los Padres y de la Iglesia, se le rechaza como si perteneciese á los tiempos bárbaros é incultos. Pero estos sofismas no prevalecen contra las sentencias de la Biblia. (Ps. XI, XIII, XXXV, XLVIII, LI, LII, LIV, LVII, LVIII y sig.; Sap., II, 5), y particularmente contra la doctrina del Señor y de sus Apóstoles, aun la del discípulo de amor.

(2) Gregor. Magn., *Mor.*, 10, 48.

lo que es más triste aún, la misma vida de familia. En ninguna parte hay sinceridad, verdad, rectitud.

Todos sabemos lo que significa este modo de obrar forzado y artificial. No obstante, cada uno lo exige de su vecino, y considera toda infracción cometida contra este procedimiento como una ofensa inaudita. Ilustrar á uno sobre una ilusión, y decirle la verdad, equivaldría á carecer de la ciencia de la vida. Pero burlarse por detrás de aquel á quien por delante se le ha hecho buena cara, es considerado como signo de educación distinguida, en tanto que armonizar las palabras con las intenciones y los actos con las palabras, casi se considera como señal de estrechez de espíritu. Así, el árabe y el persa desprecian al cristiano, porque el arpa de su corazón no tiene más que una cuerda. Posible es que la solidez del saber y del carácter sea una cualidad estimable en sí misma; pero, con todo esto, no se hace más camino en el mundo que con los enormes infolios de los antiguos escolásticos y de los sabios de gabinete extraños á la vida práctica.

Si los antiguos elegían con predilección especial al león para blasonar sus escudos, á causa de su continente real y lleno de franqueza, casi no hay para nosotros más que dos animales que se nos adaptan por completo, dos animales que, en los tiempos de rectitud y sinceridad, gozaban de muchísima reputación: la pantera manchada y la zorra ratera. Posible es que un día, cuando seamos llamados á comparecer en el mundo de la verdad, nos suceda lo que á aquel estudiante de París, que, después de su muerte, fué condenado á errar cubierto con un manto de papel lleno de sofismas, en castigo de todos los que había formulado durante su vida.<sup>(1)</sup>

**4. El espíritu mundano penetró en el Cristianismo, particularmente en las sectas.**—Pero si un corazón sincero no puede ver sin disgusto esta conducta del mundo, basada toda ella en vanas apariencias y en el engaño, ¿qué debemos pensar, y sobre todo, qué debe pensar Dios, cuando la vemos introducida en el campo religioso?

(1) *Passional* (Köpke) 586, 82 y sig.

No insistiremos aquí en la hipocresía de los individuos. Siempre ha habido y habrá gazmoños de esos que despliegan una piedad hipócrita sólo con la intención de poder satisfacer mejor sus pasiones, sepulcros blanqueados en lo exterior, y llenos interiormente de inmundicias y corrupción.<sup>(1)</sup> Pero estos son hechos aislados que el espíritu del mundo debe producir necesariamente, en el supuesto de que no se dé la separación necesaria de que precedentemente hemos hablado.

Mas si estos desgraciados hacen grandísimo mal, ¿cuántas ruinas no producirán esas sociedades religiosas, cuya naturaleza no es otra cosa que un concubinato entre el espíritu del mundo y la piedad mal comprendida? ¿Quién podrá pensar sin repugnancia en la mala fe del fariseísmo y en la hipocresía del jansenismo? Gracias á Dios, podemos considerar como muertas estas dos escuelas de mentira, por lo menos como sectas. Pero otras existen en las cuales podemos comprobar toda una serie de hechos análogos: santos engreídos de su superioridad ó aferrados á su opinión, gentes que han logrado por completo divorciarse de la verdad y de la sencillez. Tales son esas personas piadosas, de rostro gesticulante, de frente arrugada, de ojos vueltos al cielo, de labios apretados, las cuales, con su aire sombrío, su lenguaje monosilábico, su continente solemne, sus dulzachonas palabras, parece que se han propuesto hacer tan poco amable y natural como sea posible la piedad.

Sentiríase uno tentado á creer que el mundo debe apartarse con asco de tales caricaturas de la piedad, y que éstas están llamadas á desaparecer muy pronto. Pero, desgraciadamente, el mundo conoce tan poco la sencillez de la verdad, que llega hasta considerar con cierta timidez respetuosa á estas gentes que profundamente lo desprecian. Y aun á menudo ellas engendran cierta especie de contagio. Ese tono impregnado de seca unción y de ruda dignidad que hallamos en tantos predicadores, ese estilo

(1) Matth., XXIII, 27. Act. Ap., XXIII, 3.

embrollado, con su tinte de antigüedad, sus crudas expresiones, su énfasis estirado; ese supuesto vocabulario bíblico, con sus términos extraños, que presta tanto más orgullo cuanto que más vacía deja la cabeza y el corazón, son prueba fehaciente de ello. Todo esto muestra hasta dónde puede llegar el extravío de una persona, con la mejor buena fe y la mayor buena voluntad, si, para agradar al espíritu del mundo, se aparta de esa sencillez de corazón que con tanta frecuencia elogia y recomienda el Apóstol. <sup>(1)</sup>

Desgraciadamente, hemos perdido esa sencillez y esa rectitud, hasta el extremo de que no sabemos ya apreciarlas allí donde las encontramos. No hablamos aquí de las gentes del mundo. Éstas encuentran en la vida de los santos tan pocas de esas tortuosidades á las que desde su infancia están acostumbradas á considerar como rasgo característico de una educación profana distinguida, que se alejan rápidamente de ellos y se felicitan de vivir en época distinta. Pero nosotros mismos tampoco podemos familiarizarnos cómodamente con el espíritu de los santos, ya que de tal modo nos es extraño, que nos desvanecemos sólo de pensar en él.

¿Qué es lo que encontramos de más asombroso, sus virtudes, que nos parecen tan extrañas, ó la manera más extraña todavía de confesar sus faltas? Quizás sea su sinceridad la que menos comprendamos.

Revestirnos de ciertas apariencias de virtud, cuesta poco; pero no velar nuestros defectos, he aquí algo de que somos incapaces. Sin duda que no queremos que se nos considere como seres completamente exentos de faltas, pues, según nuestra propia opinión, los defectos son un derecho fundamental é inamisible de la humanidad. Pero, á despecho de todos los desórdenes de que es teatro nuestro interior, queremos garantizar á cualquier precio nuestro honor á la faz del público, y consideramos como un derecho

(1) Rom., XII, 8.—II Cor., I, 12; VIII, 2; IX, 11, 13; XI, 3.—Eph., VI, 5.—Col., III, 22.

rehusar nuestra corrección antes que dejar que alguien advierta la gran necesidad que tenemos de corrección.

De aquí que apenas haya nada que nos parezca tan incomprendible como la sinceridad con que los antiguos santos confiesan sus faltas y la ingenuidad con que las refieren sus historiadores. Leyendo su vida, experimentamos el mismo sentimiento que aquella persona que, hallándose cierto día en uno de esos raros medios en que reina todavía la franqueza de los antiguos tiempos, sintióse violenta y exclamó: «¿Qué quiere decir esto? ¡Aquí se piensa en alta voz!»

Muéstranos esto perfectamente el contraste que existe entre el espíritu del mundo y la perfección.

El espíritu del mundo es, como dice la Escritura, la sabiduría de la carne. <sup>(1)</sup> Haz cuanto quieras, pero no te descubras; guarda las apariencias, pero salva tu honor. Tal es el primer principio de esa diplomacia. Puede uno cometer faltas, pero debe guardarse de confesarlas. Puede uno, pecando, deshonorarse ante su conciencia y ante Dios, pero restituir con sincera confesión el honor que á sí mismo se ha robado uno y que ha robado á Dios, equivaldría á deshonorarse.

La sencilla rectitud de los santos, de tal modo es opuesta á este modo de ver, que no parece posible un acomodamiento. Según ellos, lo que constituye el rubor es la falta y no la confesión: «El justo empieza por acusarse á sí mismo». <sup>(2)</sup> No que la simple acusación baste para la justificación; pero la acusación personal, la confesión, la penitencia sincera, constituye el restablecimiento de la verdad violada por el pecado, y la sencilla verdad es la primera condición para llegar á la justicia, y, por lo mismo, á la perfección.

**5. La rectitud y la verdad constituyen el espíritu de Jesucristo y de los santos.**—Si, pues, alguien quiere introducir en sí el espíritu cristiano y elevarlo hasta la per-

(1) Rom., VIII, 6.

(2) Prov., XVIII, 17.